

CUESTIÓN DE DÍAS. POR ORIOL PÉREZ TREVIÑO

👤 Jose 🕒 junio 13, 2024 📁 Entre clásicos, Libros, Revistas

Viernes, 14 de junio de 2024



Los nuestros son los tiempos de Alberich y de Mime. O lo que es lo mismo: tiempos de nibelungos. Y escribir sobre nibelungos es tener que hacerlo sobre el llamado «pueblo de la niebla» o del submundo y que, según las leyendas germánicas, vendría a ser el equivalente del mundo de los gnomos de otras latitudes geográficas. Filólogos como el francés Claude Lecouteux (1943) no han dudado en definir «*los nibelungos que viven en el reino de Nibelheim como los descendientes o hijos de la niebla*», por lo que no están muy lejos de otro reino de nieblas, el del *Niflheim*, que es el de los muertos. La proximidad etimológica nos deja vislumbrar una gran lección: aquel que se preocupa sólo del oro y la riqueza viene a ser un muerto en vida porque ha despreciado el tesoro más preciado de todos: el alma. Los nuestros, como escribía al inicio, son tiempos dados a la conversión de todo y de todos en mercancía y donde la avaricia por la ganancia y el rendimiento económico nos ha convertido en seres marcados por la codicia, la avaricia y la egoísmo. No es de extrañar, así, que las ideologías hegemónicas, incluyendo dentro de éstas la izquierda tradicional que no es más que una socialdemocracia de vuelo gallináceo, hayan querido hacernos olvidar de un concepto clave en la construcción de los cimientos del orden social y que los neofachas de nuestros días, se llamen Javier Milei, Isabel Díaz Ayuso, Santiago Abascal o Sílvia Orriols, nos quieran hacer creer que es un concepto de izquierdas. Este concepto es el de la justicia social, un término que se debe al jesuita Luigi Taparelli de Azeglio (1793-1862) que en su *Saggio teoretico di dritto naturale, appoggiato sul fatto* (Ensayo teórico del derecho natural apoyado en los hechos), publicado en 1843, en Livorno, Italia, vino a decir que si bien se dice muy alegremente que la justicia tiene que ser ciega, la justicia social debe atreverse a quitarse la venda de los ojos para analizar la realidad e intentar compensar

las desigualdades que en ella se producen. En resumen: si la justicia conmutativa es la que se corresponde entre iguales, esta justicia social es la que se correspondería entre desiguales.

Ahora, en estos tiempos de nibelungos, se nos quiere hacer creer, y algunos se lo han empezado a creer, que esto de la justicia social no es más que un viejo y caduco concepto de izquierdas. Y esto, según se mire, es un escándalo tan o más mayúsculo que el del nazareno clavado en la cruz. Y escribo con toda la intención este capítulo de los *Evangelios* porque como nos recordó hace pocos días un escritor, tan poco sospechoso de ser de izquierdas, como el vasco Juan Manuel de Prada (Barakaldo, 1970) parte de la derecha se ha convertido en anticristiana. Por mucha escenificación de verbena religiosa que puedan hacer en algún momento dentro de una iglesia los Milei, Ayuso, Abascal u Orriols, éstos son profundamente anticristianos, precisamente, por esta negación de un concepto cristiano como la justicia social que no es más que dar a cada uno lo que le corresponde por la dignidad que implica el hecho de ser humano. Pero como ya he escrito tantas veces, parafraseando a Eudald Carbonell, todavía no somos humanos, y el cerebro reptiliano ha integrado perfectamente aquello preconizado por determinada derecha y que de Prada disertaba con bisturí: *«la principal virtud del ser humano y el motor del funcionamiento de una buena economía es el egoísmo y la suma de los egoísmos a través de la mano invisible del mercado hace que todo vaya fenomenal. Pero, antropológicamente, decir que una organización social, una organización económica debe asentarse sobre el egoísmo es un concepto terrible. ¿Por qué? Porque la mayor parte de la gente no puede permitirse el lujo de ser egoísta. Porque la mayor parte de la gente, cuando se desarrolla en el mercado, actúa por miedo: miedo a que lo echen del trabajo, miedo a perder el salario. Por eso se actúa por miedo a la precariedad. Precisamente, la función del Estado debería ser intentar evitar que la gente viviera con miedo, porque cuando tú a la gente le quitas el miedo, la naturaleza humana es altruista porque el hombre es un animal social y, por tanto, cuando tú le quitas el miedo a la gente siente la necesidad de contribuir a la mejora social».*

Valgan estas reflexiones de Juan Manuel de Prada para la reseña del desgarrador y lúcido libro del periodista y activista David Fernández (Barcelona, 1974) que ha sido el elegido para escribir un ensayo, editado por Fragmenta Editorial, sobre el séptimo mandamiento: no robarás. Se trata de un recorrido histórico por intentar descifrar cuando empezó el desaguisado antropológico que es como el 1% más rico del mundo acumule el 63% de la riqueza mundial producida desde 2020.

Se trata de un escandaloso libro, muy estructurado desde un punto de vista ideológico, donde el origen de mal se encuentra en el orden económico del neoliberalismo que no sólo ha impuesto su orden sino que también nos ha mercantilizado la mente. No será aquí el momento de recordar como una de las muestras más lúcidas de dicha mercantilización es el uso de los verbos comprar/vender o las palabras producto y mercado para designar lo que antes se compartía, se estaba de acuerdo, era una obra de arte o un servicio social. En los



hospitales ya no hay enfermos o pacientes, sino usuarios, o directamente clientes. En las bibliotecas todos son usuarios y cuando tú vas en autobús ya no eres un viajero, sino un usuario.

Leer *No robaràs* es una invitación a querer tomar conciencia de una situación distópica y apocalíptica que ahora no vamos a desglosar, pero que nos conduce de lleno a lo señalado por el exdiputado del Parlament de Catalunya en boca de Corrado Alvaro: *«la peor desesperación de una sociedad es la duda de si vivir honestamente resulta inútil»*.

Leer el *No robaràs* da miedo y pone los pelos de punta. Pero no sólo eso Y ya no por dicho análisis clarividente y desgarrador, sino porque parece localizar una alternativa con una forma de vivir acorde con lo que se piensa. Por eso Fernández nos explica cómo la situación lo ha llevado a que *«un 81 % de mi gasto anual casero esté provisto de acuerdo con parámetros de economía cooperativa, social y solidaria, salpimentado con comercio de proximidad e industrias locales – y la parte restante es porque todavía no existen alternativas posibles»*. Es un posicionamiento de plena autoconciencia que, para algunos, puede sonar a simple tranquilizador de la conciencia en un momento en que la inmensa mayoría no ha asumido el marco de ideas que capitalistas como el industrial Henry Ford (1863-1947) si eran plenamente conscientes: *«si la gente entendiera cómo funciona el sistema financiero, creo que habría una revolución antes de mañana por la mañana»*.



Pero sabemos que, por ahora, no existe tal posibilidad de revolución. Las alternativas socialista y comunista no están exentas del robo sistemático por parte de las élites dirigentes y en una sociedad neoliberal del rendimiento se corrobora aquel conocido aforismo de Kafka: *«el animal le sustrae el látigo al dueño y se pega a sí mismo para convertirse en dueño»*. El animal, que somos todos nosotros, cree que es libre porque se pega a sí mismo. Bien que lo ha señalado Byung-Chul Han en *La sociedad del cansancio*: *«nos explotamos voluntaria y apasionadamente, con la ilusión que nos estamos realizando»*. Mientras tanto los grandes poderes, sean las eléctricas, la banca, las industrias farmacéutica o tecnológica, siguen con sus ganancias astronómicas mientras se producen profundas crisis como la vivienda, la emergencia climática, propias de un neoliberalismo global y tecnocrático. Ahora bien, el problema para la inmensa mayoría del ente social sigue siendo el del pequeño delincuente, el de aquel pirata, explicitado al inicio del libro que requerido por Alejandro Magno del por qué de sus usurpaciones le respondió: *«Lo mismo que a ti tener sometido el mundo entero. Sólo que a mí, que trabajo en una mala galera, me llaman bandido, y, a ti, por hacerlo con toda una flota, te llaman emperador»*

Libro de necesaria lectura, más allá de compartir o no la visión política del mundo de su autor, mucho me parece que el desbarajuste finalizará cuando los hombres y mujeres seamos capaces de superar el citado miedo. Y es que, posiblemente, el miedo se deba, en su trasfondo, al miedo a la muerte. Cuando hayamos empezado a superar dicho miedo a la muerte, demasiado me parece que la revolución profetizada por Henry Ford será sólo cuestión de días.

Oriol Pérez Treviño

QÜESTIÓ DE DIES

Divendres, 14 de juny de 2024

Els nostres són els temps d'Alberich i de Mime. O el que és el mateix: temps de nibelungs. I escriure sobre nibelungs és haver-ho de fer sobre l'anomenat «poble de la boira» o del submón i que, segons les llegendes germàniques, vindria a ser l'equivalent del món dels gnoms d'altres latituds geogràfiques. Filòlegs com el francès Claude Lecouteux (1943) no han dubtat a definir «els nibelungs que viuen al regne de Nibelheim com els descendents o fills de la boira», per la qual cosa no estan gaire lluny d'un altre regne de boires, el del *Niflheim*, que és el dels morts. La proximitat etimològica ens deixa entreveure una gran lliçó: aquell que es preocupa només de l'or i la riquesa ve a ser un mort en vida perquè ha menyspreat el tresor més preuat de tots: l'ànima. Els nostres, com escrivia a l'inici de l'article, són temps donats a la conversió de tot i de tothom en mercaderia i on l'avidesa pel guany i el rendiment econòmic ens ha convertit en éssers marcats per la cobdícia, l'avarícia i l'egoisme. No és d'estranyar, així, que les ideologies hegemòniques, incloent-te dins d'aquestes l'esquerra tradicional que no és més que una socialdemocràcia de vol gallinaci, hagin volgut fer-nos oblidar un concepte clau en la construcció dels fonaments de l'ordre social i que neofatxes dels nostres dies, es diguin Javier Milei, Isabel Díaz Ayuso, Santiago Abascal o Sílvia Orriols, ens vulguin fer creure que és un concepte d'esquerres. Aquest concepte és el de justícia social, un terme que es deu al jesuïta Luigi Taparelli d'Azeglio (1793-1862) que en el seu *Saggio teoretico di dritto naturale, appoggiato sul fatto* (Assaig teòric del dret natural recolzat en els fets), publicat el 1843, a Livorno, Itàlia, va venir a dir que si ve es diu molt alegrement que la justícia ha de ser cega, la justícia social ha d'atrevir-se a treure's la bena dels ulls per analitzar la realitat i intentar compensar les desigualtats que en ella es produeixen. Ras i curt: si la justícia commutativa és la que es correspon entre iguals, aquesta justícia social és la que es correspondria entre desiguals.

Ara, però, en aquests temps de nibelungs, se'ns vol fer creure i alguns s'ho han començat a creure que això de la justícia social no és més que un vell i caduc concepte d'esquerres. I això, segons com es miri, és un escàndol tan o més majúscul que el del natzarè clavat a la creu. I escric amb tota la intenció aquest capítol dels *Evangelis* perquè com va recordar fa pocs dies un escriptor, tan poc sospitós de ser d'esquerres, com el basc Juan Manuel de Prada (Barakaldo, 1970) que una part de la dreta s'ha convertit en anticristiana. Per molta escenificació de verbena religiosa que puguin fer en algun moments i en algunes esglésies els Milei, Ayuso, Abascal o Orriols són profundament anticristians, precisament, per

aquesta negació d'un concepte cristià com la justícia social que no és més que donar a cadascú allò que li correspon per la dignitat que implica el fet de ser humà. Però com ja he escrit tantes vegades, parafrasejant Eudald Carbonell, encara no som humans, i el cervell reptilià ha integrat perfectament allò preconitzat per determinada dreta i que de Prada dissertava amb bisturí: « *la principal virtut de l'ésser humà i el motor del funcionament d'una bona economia és l'egoisme, i que la suma dels egoismes a través de la mà invisible del mercat fa que tot vagi fenomenal. Però, antropològicament, dir que una organització social, una organització econòmica ha d'assentar-se sobre l'egoisme és un concepte terrible. Per què? Perquè la major part de la gent no pot permetre's el luxe de ser egoista. Perquè la major part de la gent, quan es desenvolupa en el mercat, actúa per por: por a que el facin fora de la feina, por a perdre el salari. És per això que s'actúa per por a la precarietat. Precisament, la funció de l'Estat hauria de ser intentar evitar que la gent visqués amb por, perquè quan tu a la gent li treus la por, la naturalesa humana és altruista perquè l'home és un animal social i, per tant, quan tu li treus la por a la gent sent la necessitat de contribuir a la millora social*».

Valguin aquestes reflexions de Juan Manuel de Prada per a la ressenya del punyent i lúcid llibre del periodista i activista David Fernández (Barcelona, 1974) que ha estat l'escollit per a escriure un assaig, editat per Fragmenta Editorial, sobre el setè manament: no robaràs. Es tracta d'un recorregut històric per desxifrar quan va començar el desgavell antropològic que és com l'1% més ric del món acumuli el 63% de la riquesa mundial produïda des del 2020.

Es tracta d'un escandalós llibre, molt estructurat des d'un punt de vista ideològic, on l'origen de mal es troba en l'ordre econòmic del neoliberalisme que no només ha imposat el seu ordre sinó que també ens ha mercantilitzat la ment. No serà aquí el moment de recordar com una de les mostres més lúcides d'aquesta mercantilització és l'ús dels verbs comprar/vendre o les paraules producte i mercat per designar allò que abans es compartia, s'hi estava d'acord, era una obra d'art o un servei social. Als hospitals ja no hi ha malalts o pacients sinó usuaris, sinó directament clients. A les biblioteques usuaris i quan tu vas en autobús ja no ets un viatger, sinó un usuari.

Llegir *No robaràs* és una invitació a prendre consciència d'una situació distòpica i apocalíptica que ara no desglossarem, però que ens porta de ple a l'assenyalat per l'exdiputat del Parlament de Catalunya en boca de Corrado Alvaro: «*la pitjor desesperació d'una societat és el dubte de si viure honestament resulta inútil*».

Llegir el *No robaràs* fa por i posa els pèls de punta, però també fa alguna cosa més. I ja no per l'anàlisi clarivident i punyent, sinó perquè també assenyala una forma de viure d'acord amb el que ell pensa. És per això que Fernández ens explica com la situació l'ha portat a què *«un 81 % de la meva despesa anual casolana està proveïda d'acord amb paràmetres d'economia cooperativa, social i solidària, salpebrada amb comerç de proximitat i indústries locals- i la part restant és perquè encara no hi ha alternatives possibles»*. És un posicionament d'autoconsciència que, per alguns, pot sonar a simple tranquil·litzador de la consciència en un moment on l'immensa majoria no ha assumit el marc d'idees que capitalistes com l'industrial Henry Ford (1863-1947) sí eren plenament conscients: *«si la gent entengués com rutlla el sistema financer, crec que hi hauria una revolució abans de demà al matí»*.

Però sabem que, ara per ara, no hi ha possibilitat de revolució. Les alternatives socialista i comunista no són exemptes del robatori sistemàtic per part de les èlits dirigents i en una societat neoliberal del rendiment és corrobora aquell conegut aforisme de Kafka: «l'animal li pren el fuet a l'amo i es pica a si mateix per convertir-se en amo». L'animal, que som tots nosaltres, es pensa que és lliure per picar-se a si mateix. Prou que ho ha assenyalat Byung-Chul Han a *La societat del cansament: «ens explotem voluntària i apassionadament, amb la il·lusió que ens estem realitzant»*. Mentrestant els grans poders, siguin les elèctriques, la banca, les indústries farmacèutica o tecnològica, segueixen amb els seus guanys astronòmics mentre es produeixen profundes crisis com l'habitatge, l'emergència climàtica, propis d'un neoliberalisme global i tecnocràtic. Ara bé, el problema per a l'immensa majoria de l'ens social segueix sent el del delinqüent, el del pirata, explicat a l'inici del llibre, que requerit per Alexandre el Gran del per què de les seves usurpacions li va respondre: *«El mateix que a tu tenir sotmès e l'món sencer. Només que ami, que treballo en una mala galera, em diuen bandit, i, a tu, per fer-ho amb tota una flota, et diuen emperador»*.

Llibre de necessària lectura, més enllà de compartir o no la visió política del món del seu autor, molt em sembla que el desgavell finalitzarà quan els homes i dones siguem capaços de superar la por. I és que, possiblement, la por es degui, en el seu rerefons, a la por a la mort. Quan haguem començat a superar la por a la mort, massa em sembla que la revolució profetitzada per Henry Ford serà tan sols qüestió de dies.